

PROMETEO.— No.
PANDORA.— Gracias. (*Se levanta también.*) ¿Sabes realmente lo que nos espera?
PROMETEO.— Nos espera un largo camino hasta el calvario.
PANDORA.— Sí.
PROMETEO.— Nos espera la soledad entre los hombres.
PANDORA.— La incomprensión.
PROMETEO.— Los escupitajos en la cara.
PANDORA.— Una pesada cruz.
PROMETEO.— La vergüenza de toda la tierra.
PANDORA.— Nos espera un lanzazo entre las costillas. (*Tras una pausa.*)
PROMETEO.— Vamos.
PANDORA.— Hacia afuera.
PROMETEO.— Vamos. (*Ella lo toma de la mano y guía sus pasos hacia la puerta.*)
PANDORA.— Fuerza, Prometeo.
PROMETEO.— La tenemos... sólo somos uno.
PANDORA.— Sí... Somos el dolor del mundo, que busca desesperadamente... algo que lo destruya.
(*La cortina se cierra sobre la salida a la luz, y... nuevamente el principio.*)

Santo Domingo,
marzo 18 del 1963.

17. nov. 07
18. nov. 06
JLCB

8154391

MDCSMS
C.1

Don Quijote de todo el mundo

A mis amigos y a mí mismo:
Quijotes.

De: Juan García Guerra

PERSONAJES

(*Por orden de intervención*)

El Escritor
Alonso Quezada
Dulce
El Cura Pérez
El Gobernador
Juan Sánchez
Primer Conspirador
Segundo Conspirador
Tercer Conspirador
El Camarero
El Dueño del Hotel
Un Prisionero
Otro Prisionero
La Vieja Campesina

SEMINARIO MUL. "DISCIPLINARI"
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Don Quijote de todo el mundo

ACTO UNICO

(Música. Aparece El Escritor.)

ESCRITOR.— En un lugar del mundo de cuyo nombre prefiero no acordarme, vivió en nuestro tiempo un señor de los que, por lo general, hacen vida tranquila en los pueblos dormidos. Alonso Quezada era su nombre. Su historia, en otros tiempos, sin radios, televisión, cinematógrafo, revistas ni periódicos; hubiera sido diferente, tal vez una historia indigna de contarse. Pero sucedió que este hombre, que cantaba al anonimato con su esposa, se vio atacado por los lamentos del mundo en la propia tranquilidad de su casa. Le gritaban en el sueño y desde el pan que esperaba ser comido. Desde las fotos informativas, que procuraba no ver; pero que son demasiado poderosas. Desde la radio, que es harto elocuente y que saltó por encima del libro de poemas en que pretendía esconderse. Eran Stalin y Macarty, Mahatma Ghandy y De Gaulle, Mao, Hitler, Johnson, Kruschev y el Papa Pío XII, que gritaban desde arriba una absurda canción sin música: "Nacionalismo, intervención, amo la bomba de hidrógeno, paz en la tierra, el mundo será destruído neutralismo, neutralismo, qué bello es el Sputnik, el hombre es imperfecto, se queja demasiado, hay que acabar con él, paz, paz, el mercado europeo, sólo los proyectiles son hermosos, sus líneas son simétricas, y la encíclica papal". Alonso Quezada también escuchó a los pobres ratones blancos desgañitándose desde abajo: "El existencialismo, que no: el cristianismo, que soy mortal, que puede ser, las injusticias, libertad, libertad, revolución." Y etcétera. *(Escupe.)* Mierda. Y después los libros y las teorías, destruyéndose también unos a otros. Nueva

serie de nombres: "El Capital, chovinismo, Mein Kampf, aprismo, nacismo, comunismo", y millones y millones de apellidos sin eco; explicaciones de lo que no tiene explicación; vergüenza para los humanos; pura porquería... Y entre libro y chillido, el cerebro del pobre señor se fue ablandando. Y la realidad, para él, llegó a ser una cosa molesta que podía erradicarse porque así lo quería su corazón. Le hablaba al mundo desde su ventana, y eran su público: el asfalto y las aceras, una vieja gorda que apresuraba el paso o un perro que roía un hueso ya sin masa. Bla, bla, bla y bla, y las carcajadas que respondían desde las bocas y los carros. Y lo que dentro era algo simple, se convertía en los labios en bla, y en bla y en bla. La misma historia de siempre. *(Han ido apareciendo: Dulce, el Cura Pérez y el Gobernador. Están ocupados en quitar libros de los estantes y meterlos en cajas que se encuentran esparcidas por el suelo. Esta labor se realiza en silencio. Antes de terminar el monólogo del Escritor se comienza a escuchar la voz de Quezada: primero lejos, luego más cerca.)*

QUEZADA.— Escúchenme... Escúchenme... por favor... Détenanse a escucharme. *(El Escritor desaparece.)* Tenemos que volver al hombre primitivo y encontrar en él el camino extraviado. Tenemos que volver a los años en que las bocas aún no se habían mancillado con esas dos frases: "Lo tuyo" y "lo mío". Es allí donde tenemos que iniciar nuevamente nuestras vidas; donde tenemos que tratar de labrar nuestro porvenir. El mundo del presente está viciado. No se respira en él más que odio y egoísmo. *(Dulce detiene su trabajo. Escucha la voz de su esposo con la cabeza un poco hacia atrás y la mano izquierda en la nuca.)* No podemos encontrar la paz en los campos de guerra, ni en los latifundios, ni en el robo. Esos son los clarines del Apocalipsis que nos ha tocado escuchar y que nos roban la atención. Pero hay algo más. Algo más que hay que buscar en la raíz misma del hombre, en su inocencia, en su mente vacía de palabras. Todavía es tiempo... Escúchenme... Escúchenme... Escúchenme, por lo que más quieran. *(Hay un momento de silencio en el cual el traslado continúa.)*

DULCE.— Parece que se ha calmado.

PEREZ.— Ya comenzará nuevamente.

GOBERNADOR.— Es insoportable.

DULCE.— No lo es... Para mí no lo es.

GOBERNADOR.— Para todos los demás del pueblo, sí. Están atemorizados.

DULCE.— No veo por qué. ¿Dónde está el peligro? Nunca ha hecho mal a nadie, ni creo que lo haga nunca. Es completamente pacífico.

GOBERNADOR.— No estés tan segura. Esos discursos... No creo que convengan. Hay gente que se ríe, la mayoría si quieres, pero la juventud lo escucha.

DULCE.— No hable usted disparates.

GOBERNADOR.— Te digo que sí.

DULCE.— Se paran ahí, frente a la casa, para burlarse de él.

GOBERNADOR.— Y de cuando en cuando hay uno que otro que dice: "Escucha, escucha sus palabras; eso es más verdad que Dios". No es que nadie me lo haya contado; yo lo he oído, y en más de una ocasión. Son discursos subversivos, y la juventud se siente terriblemente atraída por la subversión. ¿Sabes lo que he escuchado también? ... Uno de esos delincuentes juveniles dijo —porque sabía que yo estaba pasando, estoy seguro—: "Si hay elecciones, votaré por Alonso Quezada. No cabe duda de que puede gobernar el país mejor que cualquiera de esos sinvergüenzas que se postulan".

DULCE.— *(Ríe.)*

GOBERNADOR.— No te rías; no tiene nada de gracia.

DULCE.— Perdona.

PEREZ.— *(Con dos grandes volúmenes en las manos.)* Aquí está "El Capital".

GOBERNADOR.— "El Capital"... Ese es de los peores. Yo no lo he leído, naturalmente, pero he oído hablar mucho de él. A la hoguera con esos libracos.

PEREZ.— De acuerdo. *(Tira los libros en una caja.)*

DULCE.— Esto no es necesario.

PEREZ.— ¿Qué?

DULCE.— Esto de quemar los libros... No me parece bien. Los ha comprado poco a poco, con el dinero que lograba economizar cuando trabajaba. Los trata con cariño. Casi diría que con más cariño que a mí. Pienso que, después de todo, ya el mal está hecho; no ganamos nada con destruirlos.

GOBERNADOR.— ¿Qué quieres? ... ¿Que lo dejemos aquí para que lo pueda leer cualquiera?

PEREZ.— Son libros perjudiciales, hija. Libros ateos que nunca debieron ser escritos. Si no fuera por ellos, tal vez el mundo andaría mejor.

GOBERNADOR.— Sin el "tal vez", Padre, sin el "tal vez".

PEREZ.— A la juventud les hacen mucho daño: pierden su espiritualidad; no van a la iglesia más que a los entierros —porque ya ni siquiera a las bodas; ahora se casan por lo civil—.

GOBERNADOR.— ¿Conoce usted éste, Padre?

PEREZ.— ¿Cómo se titula?

GOBERNADOR.— “Engels”... ¿o ese el autor?

PEREZ.— ¿A ver? *(Toma el libro y lo examina.)* Sí, es otro libro diabólico. *(Lo tira en una caja.)*

GOBERNADOR.— Bien... ¿Sabe usted lo que se comenta por la Capital?

PEREZ.— En la Capital se comentan muchas cosas.

GOBERNADOR.— Esta es importante. He oído rumores de que se prepara una revolución.

PEREZ.— Nada nuevo es eso.

GOBERNADOR.— Sí, ya sé; han hablado mucho y durante mucho tiempo, pero ahora parece que las cosas van más en serio. Se dice que hay muchos guerrilleros en las montañas; que se pelea día y noche.

PEREZ.— No hay que creer.

GOBERNADOR.— Tampoco hay que ignorar.

PEREZ.— Por parte de los campesinos, nada temo; afortunadamente, son gente convencida. Como no saben leer, no es posible ensuciar sus pensamientos con esta propaganda diabólica. Estoy seguro que al que les va con cuentos tristes, le parten la cabeza en mil cabezas.

GOBERNADOR.— Sin embargo, yo, temo. Los campesinos no tienen armas; ellos sí, y a cualquiera que le den una orden, ametralladora en mano, la obedece. Por otra parte, están los obreros, que ya aprendieron a leer, y los obedecen. Cada día se hacen más fuertes esos subvertidores del orden. Es como una epidemia. Ya no se puede caminar tranquilo por las calles sin que le vocean a uno cada barbaridad o le tiren una piedra al carro. He sabido de casos que... ¿para qué contarlos? ... Y todo vienen por no apretarlos con mano dura. Si se encarcela a dos o tres de esos, ya están todas las asociaciones del mundo protestando. Fusilarlos se debería, y que protesten después. ¿No harían ellos lo mismo con nosotros si pudieran? ... Pero no; se les deja tomar la delantera y después a llorar sobre la leche derramada. Ah, si yo fuera presidente...

PEREZ.— No lo es usted, señor Gobernador.

GOBERNADOR.— ¿Dígame si no tengo razón?

PEREZ.— En parte sí; el peligro es grande. Pero recuerde que nuestros mandamientos dicen: no matarás.

GOBERNADOR.— No podemos tomarlo tan al pie de la letra; ajusticiar no es matar.

PEREZ.— Hay opiniones.

GOBERNADOR.— *(Mostrando un libro.)* ¿Este, señor Cura: “El Proceso”, de Franz Kafka?

PEREZ.— ¿Kafka, Kafka? ... ¿“El Proceso”? ... No lo conozco.

GOBERNADOR.— Tiene que serlo, ¿verdad? Marx, Trotsky, Gorky, Kafka... Tiene que serlo. A la caja con él.

DULCE.— *(Quien los ha estado escuchando, sin trabajar.)* ¿Qué va a decir él cuando se entere?

PEREZ.— ¿Cómo dices?

DULCE.— No le va a gustar. Estoy segura de que no le va a gustar esto de los libros.

GOBERNADOR.— No podemos hacerle caso. Mal parados estaríamos si lo hiciéramos.

DULCE.— ¿Y si se pusiera furioso?

PEREZ.— Calla, Dulce.

GOBERNADOR.— Si se pusiera furioso no quedará más remedio que llamar al sanatorio y... ¿Comprendes? ... Le conviene no alterarse, porque, después de todo... allá tampoco encontrará libros sobre política *(Ríe.)*

PEREZ.— Si eso ha pretendido ser una broma, ha sido de muy mal gusto, se lo aseguro, mi querido amigo... De muy mal gusto.

GOBERNADOR.— *(Haciéndose el desentendido. Con un libro en la mano.)* Aquí está el último: “La Muerte en el Alma”, de Jean Paul Sartre.

PEREZ.— “La Muerte en el Alma”; debe ser un libro piadoso. Déjelo.

GOBERNADOR.— *(A Dulce.)* Haz el favor de llamar a Sánchez, para que nos ayude.

DULCE.— Bien. *(Da unos pasos.)* Juan... Juan...

JUAN.— *(Desde fuera.)* Voy, señora. *(Se escucha un fuerte golpe.)*

GOBERNADOR.— ¿Qué es eso?

PEREZ.— Ha sido en la habitación de Alonso.

DULCE.— *(Corriendo.)* Alonso... Alonso... ¿Qué pasa?

GOBERNADOR.— Calla, mujer. ¿Quieres que se dé cuenta de que le llevamos sus libros?

DULCE.— ¿Y si le ha sucedido algo?

GOBERNADOR.— ¿Qué va a sucederle en su propio cuarto? ... Seguramente, es una silla que se ha caído, o una gaveta del armario.

DULCE.— *(Volviendo, no muy convencida.)* Puede ser. *(Entra Juan Sánchez. Mira los cajones, sorprendido.)*

JUAN.— ¿Quería usted, señora?

DULCE.— Que nos ayudes.

PEREZ.— Necesitamos de tu fuerza.

GOBERNADOR.— Coje uno de esos cajones y llévalo al patio.

JUAN.— ¿Al patio? ... ¿Qué hacen? ... Esos son los libros de don Alonso.

DULCE.— Sí, son los libros de don Alonso.

GOBERNADOR.— Vamos a quemarlos.

JUAN.— ¿Lo sabe él?

DULCE.— *(Después de una pausa.)* No, no lo sabe.

JUAN.— Y entonces, ¿por qué?

DULCE.— Ellos son los que lo han vuelto loco... dicen.

JUAN.— ¿No hay otra cosa que hacer?

GOBERNADOR.— Vamos, no preguntes tanto y levanta la caja.

JUAN.— Va a ser un golpe muy duro para él.

DULCE.— Lo sé.

JUAN.— No me gusta; no me gusta para nada.

PEREZ.— Es necesario.

JUAN.— Pero, ¿por qué?

GOBERNADOR.— Ya te lo han dicho: porque son libros malvados que traen la inconformidad y la locura al mundo... Ya está bueno, andando. *(El Gobernador y el Cura han cogido sendas cajas. Sánchez se dirige cabizbajo hacia la salida y allí se detiene.)*

JUAN.— Queman el papel, pero la comida sigue siendo cara y los alquileres también... Supongo que soy demasiado bruto para poder comprenderlo. *(Sale. También el Gobernador.)*

PEREZ.— Lo siento, hija. Ya comprendo cuan terrible será para ti... Busca consuelo en Dios.

DULCE.— En Dios.

PEREZ.— Todo será para bien. Ya verás cómo, sin las lecturas, mejora.

DULCE.— Sólo pensando en eso... ¿No me veré obligada a encerrarlo en un manicomio, verdad?

PEREZ.— No lo creo.

DULCE.— Para mí sería lo mismo que morirme. No hemos tenido hijos... Es todo lo que tengo. A veces me hago cuenta de que es un niño que aún no ha aprendido a valerse por sí mismo.

PEREZ.— *(Enternecido.)* Bueno, hija, estos libros pesan... Perdona. *(Se dispone a salir. Se escucha el sonido de un auto viejo que arranca y se aleja.)*

GOBERNADOR.— *(Entrando rápidamente.)* Se va... Se va en

el auto. Lo vi cuando arrancaba. *(El Cura sale de prisa y detrás de él, Dulce.)* El idiota de Sánchez se ha ido también. Se pegó como un pulpo del baúl. *(Mientras sale.)* Se ha ido con él... Se han ido los dos. *(Aparece el Escritor. La escena anterior va desapareciendo.)*

ESCRITOR.— Y ya que los hombres no venían a él, don Alonso Quezada fue a los hombres. Descendió por la ventana a los infiernos que sólo conocía por referencias. Llegó a los predios de don "dollar", de las ametralladoras y las bombas; adonde doña guerra fría. Conoció el arte como propaganda, y anduvo por los "Experimentations Camps" y los "Koljoses". Y se encontró con muchas desgracias; porque la tierra está llena de ellas y el que no las ve es porque no quiere verlas. *(Han ido apareciendo los tres conspiradores, sentados a la mesa de un hotel de mala muerte. Un poco más adelante hay otra mesa desocupada.)*

PRIMERO.— Esto debió ser previsto antes de nuestra salida de la Capital.

SEGUNDO.— De acuerdo; debió ser previsto.

TERCERO.— No es culpa mía. A ninguno se nos ocurrió.

PRIMERO.— ¿Cómo iba yo a pensar en éso?

SEGUNDO.— ¿Cómo íbamos a pensar en éso?

TERCERO.— Pero tengo razón, ¿no?

SEGUNDO.— A mí me parece que no.

PRIMERO.— Sí, la tiene... Hacerlo, sería una tontería.

SEGUNDO.— Y entonces, ¿qué? ... ¿Nos quedamos aquí, con los brazos cruzados? ¿Qué vamos a decir allá, entonces?

TERCERO.— Podemos robar un carro.

PRIMERO.— La fiesta se prolongó hasta las seis de la mañana; ya a las cuatro y media nadie sabía dónde tenía los pies ni la cabeza. *(Ha entrado el Camarero. Lleva tres vasos de agua y cubiertos en una bandeja. Los coloca bruscamente, mientras los demás hablan.)*

TERCERO.— No sabes cuánto lamenté no poder ir, pero ya sabes lo que me pasó.

PRIMERO.— No... ¿Qué fue?

TERCERO.— Pues... Pues... Rosita se empeñó en ir al cine esa noche, y cuando llegamos a la casa, la mamá se había puesto mal, y... Una verdadera tragedia.

SEGUNDO.— Pues sí... *(Pausa.)* La próxima vez me avisan. Yo me acosté a las nueve de la noche.

PRIMERO.— ¿Sabes quién estaba?

SEGUNDO.— No.

PRIMERO.— La rubia extranjera.

SEGUNDO.— ¿Cuál?

PRIMERO.— ¡Hombre! ... La de los ojos verdes y el cuerpo de guitarra. Es puro fuego. Cambiaba de pareja en cada pieza. Nos tenía a todos locos. Qué manera de bailar. Y las muchachas todas celosas de ella. La verdad es que es lo mejor que he visto en todos estos tiempos. Si no fuera por... *(El Camarero se ha marchado con gesto olímpico.)*

TERCERO.— Ya... Ya se ha ido.

SEGUNDO.— ¿Quién es esa muchacha? ... No la conozco.

PRIMERO.— ¿Cómo la vas a conocer, si me la acabo de inventar?

SEGUNDO.— Es una lástima; me gustaría encontrarme con alguien así.

TERCERO.— No seas estúpido... Y bien, ¿decíamos?

PRIMERO.— Decías de robar un carro.

TERCERO.— Es la única solución.

PRIMERO.— ¿Y a quién?

TERCERO.— ¿No esperarás que te diga el nombre, la dirección y la placa? ... El primer carro que aparezca mal puesto, ése es.

PRIMERO.— ¿Y si no aparece?

SEGUNDO.— Aunque aparezca, yo no estoy de acuerdo.

TERCERO.— ¿Por qué?

SEGUNDO.— ¿Y si nos descubren robando? Cómo se reirían nuestros compañeros si se enteraran de que no cumplimos la misión porque estábamos encarcelados. Encarcelados por robar autos.

TERCERO.— Ellos serían tan culpables como nosotros si eso sucediera... Roberto, que se las da de tan gran líder; de la mentalidad perfectamente ordenada; el que priva de solucionar todos nuestros problemas, no tuvo la bastante malicia primaria para darse cuenta de que si asaltamos el acueducto con mi carro, pueden tomar el número de mi placa, y a las pocas horas estaríamos todos presos. Nosotros y ellos también.

PRIMERO.— Te gusta mucho criticar.

TERCERO.— Cuando hay razón, sí.

PRIMERO.— Cualquiera comete errores.

TERCERO.— Pero no tan infantiles.

PRIMERO.— No es tan infantil cuando todos caímos en él.

TERCERO.— Cayeron ustedes.

PRIMERO.— Ah, ¿tú no?

TERCERO.— Lo pensé desde el primer momento.

PRIMERO.— ¿Y por qué no lo dijiste?

TERCERO.— Porque temí que pensarán que no quería prestar mi auto. Ya sabes tú cómo están esas lenguas de afiladas. Por más que me hubiera empeñado en exponer mis razones, nadie habría comprendido.

PRIMERO.— Eso no es verdad.

SEGUNDO.— Con discutir no arreglamos nada.

PRIMERO.— No, es verdad.

TERCERO.— Nuestra única alternativa es el robo.

PRIMERO.— Ahora, sí, de acuerdo. Pero allá pudo resolverse de otro modo. No pudieron conseguir placas falsas o qué se yo que otra cosa.

TERCERO.— Tenemos tiempo suficiente para el cambio del carro. El camino nos tomará unos...

PRIMERO.— Sí, ya se sabe.

SEGUNDO.— Dos son mayoría. Pero, después, cuando se averigüe...

PRIMERO.— Para nosotros no existe el después ni las averiguaciones. Sólo los resultados hablan. Si triunfamos, sólo el triunfo valdrá, y el pueblo sabrá agradecérselo en el futuro. Si fracasamos, no importa que sea robando un carro o al poner la dinamita o al tratar de escapar, lo único que se tomará en cuenta será nuestro fracaso. La historia se encargará de olvidarnos, o lo que es peor, de recordarnos malamente.

TERCERO.— No nos endilgues discursos románticos. Estamos entre amigos.

SEGUNDO.— ¿Y la fiesta? *(Ha entrado el Camarero con platos de comida en la bandeja.)*

PRIMERO.— Sí, la fiesta que nos vamos a dar cuando nos graduemos.

TERCERO.— Procura invitar a la rubia. Tengo unos deseos de conocerla.

SEGUNDO.— Yo también. *(Ahora el Camarero pregunta de quién es cada plato. Ellos responden, etcétera. Entran Alonso Quezada y Sánchez. Van a sentarse a la mesa desocupada.)*

QUEZADAS.— Buenas noches.

TODOS.— Buenas noches.

QUEZADA.— Ven, Sánchez. Sentémonos... Al fin hemos encontrado techo y comida.

JUAN.— ¿Trae usted dinero?

QUEZADA.— Traigo.

JUAN.— Gracias a Dios y a la Virgen. Tengo el estómago pegado al espinazo.

QUEZADA.— (Llamando.) Mozo...

CAMARERO.— Ya voy.

JUAN.— Uf... Hemos caminado mucho. (Se quita los zapatos.)

QUEZADA.— Ir montado en auto no es caminar, mi querido Sánchez.

JUAN.— Cansa igual... al menos en su carro. Eso de tener que pararse a cada rato para echarle agua. Bebe más que un hidrópico ese carrancho, y las gomas se aflojan, y la gasolina que no pasa. De momento tendremos que cargarlo sobre nuestros hombros.

QUEZADA.— Muy bien nos ha servido, el pobre.

JUAN.— Pero no creo que por mucho tiempo más. Depende, claro, adónde pretenda usted ir.

QUEZADA.— Si yo supiera.

JUAN.— Todo lo que se mueve va a alguna parte.

QUEZADA.— O al menos, pasa por muchas partes; que es esa mi intención. Ojalá tener tiempo para recorrer el mundo entero. Así, todos los hombres escucharían mi palabra.

CAMARERO.— (Quien se ha acercado a la mesa de Quezada y Sánchez.) ¿Qué quieren?

QUEZADA.— La carta, por favor.

CAMARERO.— No hay.

QUEZADA.— ¿Qué tienen de comer?

CAMARERO.— Pollo, filete, pescado, camarones, palomas, cangrejos, de todo. A un peso cincuenta cada servicio, sin los postres.

QUEZADA.— A mí me trae filete, bien cocido, por favor.

JUAN.— A mí también, pero bien grande.

CAMARERO.— Todos son del mismo tamaño. (Se va.)

JUAN.— ¿Señor Quezada, tiene mucho dinero?

QUEZADA.— No mucho. Calculo que alcanzará para una semana, poco más o menos.

JUAN.— ¿Y después?

QUEZADA.— ¿Después qué?

JUAN.— ¿De qué viviremos?

QUEZADA.— No me preocupa.

JUAN.— Vamos, que a mí sí.

QUEZADA.— El que se dedica al bien debe estar preparado a pasar hambre.

JUAN.— No me gusta eso.

QUEZADA.— Además, estoy seguro de que la bondad de los hombres nos proveerá.

JUAN.— Santo Dios, cómo sueña usted. (Se rasca los dedos de los pies.)

QUEZADA.— No son sueños, amigo.

JUAN.— Si usted lo asegura... debe ser así.

QUEZADA.— Juan Sánchez, no te lo había dicho: agradezco que hayas venido conmigo. Solo, no sé qué hubiera sido de mí. Necesitaba una compañía. Tú vienes a ser como un fuerte bastón en qué apoyarme. Sí, te lo agradezco. Cuando todos me dan la espalda en mi casa, tú, un campesino apenas, y perdona, eres quien comprende el valor de mi mensaje. Es maravilloso... Verdaderamente maravilloso.

TERCERO.— Qué callados están.

PRIMERO.— Estamos.

SEGUNDO.— (Con tono infantil.) Mi mamá me lo ha dicho siempre: es mala educación hablar con la boca llena.

LOS TRES.— (Ríen.)

JUAN.— Señor.

QUEZADA.— ¿Sí?

JUAN.— No se ofenda usted, pero... no cree... tal vez sería mejor que volviéramos a nuestras casas.

QUEZADA.— De allí salí buscando la salvación del hombre y allí no volveré hasta que el hombre esté salvado.

JUAN.— Empresa muy difícil.

QUEZADA.— Pero necesaria. No podría vivir encerrado en mi casa, sabiendo que al doblar la esquina se cometen horrores. El mundo, mi estimado amigo, necesita hombres como tú y como yo. Hombres capaces de ir predicando la verdad por todas partes; vendiendo injusticias y llevando la felicidad adonde no la hay.

JUAN.— ¿Y usted cree que logrará algo?

QUEZADA.— Estoy seguro. El hombre no es estúpido, y si se le muestra la verdad, tiene que comprenderla. Nosotros la iremos predicando.

JUAN.— Vuelvo y pregunto: ¿cree que logrará algo? Quiero decir: después que los hombres tengan la verdad, ¿qué pasará?

QUEZADA.— No tendría que decírtelo, Sánchez; es una pregunta estúpida. (Se levanta, como un profeta.) Trata de imaginártelo... Un paraíso. Mucho mejor que aquél de Adán y Eva, porque, además de los frutos que da la tierra, ahora contaríamos con los buenos frutos que ha producido el hombre. Pan, carne, ensalada y dulces sobre todas las mesas. Radios, televisores y teléfonos en todos los hogares. Carros a la disposición de cada uno... Y el amor y la sonrisa y la comprensión.

SEGUNDO.— *Este está más loco que una cabra.*

PRIMERO.— *Cállate.*

QUEZADA.— *¿Puedes ver lo que te digo?*

JUAN.— No, *señor*, no lo veo muy claramente. ¿Cómo disfrutar de esas cosas si hay que trabajar? No hay tiempo para hacer las dos cosas; si apenas para dormir me alcanzan a mí los minutos libres... Además... *Estoy muy cansado para todas esas cosas. No sé, no sé, de repente me han entrado ciertas dudas.*

QUEZADA.— *¿Dudas? ... Entonces vete a tu casa y hazte el ciego y el sordo.*

JUAN.— Señor.

QUEZADA.— *Vete... Nuestra empresa necesita mentalidades firmes. Firmes voluntades. Si tú dudas, ¿cómo podrías dar la certeza a los demás?*

JUAN.— *Perdóneme... perdóneme. Yo creo en usted, pero... apenas sé leer y escribir. Soy un ignorante; ya iré aprendiendo poco a poco. ¿Usted me enseñará, verdad?*

QUEZADA.— Sí.

JUAN.— Nunca había oído palabras más bellas que las tuyas, créamelo.

PRIMERO.— *Es una lástima ¿Verdad?*

TERCERO.— *¿Lástima? ... Al menos no es un reaccionario como todos los viejos.*

JUAN.— *¿No irá a llegar esa comida?*

QUEZADA.— Ten paciencia.

SEGUNDO.— *Con mala locura le ha cogido. El día menos pensado le disparan un balazo entre ceja y ceja.*

TERCERO.— *¿Se han dado cuenta? ... Tiene carro.*

PRIMERO.— *¿Qué pretendes?*

TERCERO.— *La revolución, amigo, la revolución. (Entra el Camarero, hecho una tromba, con sombrero puesto. Tira la servilleta sobre la mesa de Quezada. Se quita el chaleco.)*

CAMARERO.— *Si quieren comer, vayan ustedes mismos a buscar sus platos.*

QUEZADA.— *¿Cómo dice?*

CAMARERO.— *Que me voy de aquí. Ya estoy cansado de que abusen de mí. ¿Qué se habrá llegado a creer ese hijo de la gran puta? (Tira el chaleco sobre la mesa y comienza a salir.)*

QUEZADA.— *Ey... Espere.*

CAMARERO.— *No espero nada. (Pero se devuelve) ¿Saben lo que me ha dicho?*

QUEZADA.— No, no lo sabemos.

CAMARERO.— *Que le estoy robando el dinero de la caja. Yo robar... Y todo es un pretexto para no pagarme el dinero que me debe. Ya hace tres semanas que no veo un centavo.*

QUEZADA.— *Muy mal, muy mal, por parte de él.*

CAMARERO.— *Claro que está muy mal... Y por eso me voy.*

QUEZADA.— *¿No piensa usted reclamar? ... Si es su sueldo, tiene que pagárselo.*

CAMARERO.— *Que se lo coja... ¿Voy yo a pelear por una miseria?*

QUEZADA.— *(Poseído.) Tiene que pelear, la base de un mundo organizado es... la organización. A cada uno lo suyo.*

CAMARERO.— *Bah, bobadas. (Intenta irse, pero Quezada lo sujeta.)*

QUEZADA.— *Exíjale... Si es necesario vaya a la justicia.*

CAMARERO.— *Déjeme ir.*

QUEZADA.— *Ah, ya sé... Tiene usted miedo. El es más poderoso... Oh, mundo; las represalias. Sí, ya sé...*

CAMARERO.— *Suélteme.*

QUEZADA.— *No mude un paso; yo lo defenderé. (Entra el Dueño del Hotel.)*

DUEÑO.— *¿Dónde te has metido, buen sinvergüenza? ... Ah... aquí estás. (El Camarero ha logrado zafarse de Quezada, pero ahora es el Dueño quien lo sujeta) ¿Conque te ibas, eh? ... ¿Dónde está el dinero? Dime dónde está el dinero o ahora mismo llamo a la Policía. Ladrón.*

CAMARERO.— *No he robado nada.*

QUEZADA.— *¿Por qué no cree usted a este humilde joven?*

DUEÑO.— *Se iba a escondidas; sin que yo lo viera.*

CAMARERO.— *Le anuncié que me marchaba.*

DUEÑO.— *Pero no tan de prisa; ni habiendo pasado antes por la caja.*

QUEZADA.— *¿Es verdad que pasaste antes por la caja?*

CAMARERO.— *No es verdad.*

DUEÑO.— *Sí es verdad.*

QUEZADA.— *Vamos a ver... Las cosas con calma... ¿Es verdad que usted está atrasado con su semanal?*

DUEÑO.— *Pero... Señor, se le agradece su buena intención, pero este es un asunto entre este sinvergüenza y yo.*

QUEZADA.— *Las dos partes en litigio. Yo seré el juez que traerá la verdad al caso.*

DUEÑO.— *No es necesario... El caso es muy simple. Este que*

está aquí me ha desvalijado la caja hace algunos minutos y yo quiero que me devuelva lo que es mío. Antes robaba pequeñas cantidades, pero ahora no me ha dejado un solo centavo.

QUEZADA.— El asegura que usted le adeuda cierta cantidad.

DUEÑO.— Esto es el colmo... Señor, siéntese; yo mismo le traeré lo que ha pedido, pero, por favor, no meta la mano en esto.

QUEZADA.— No. No es tan fácil.

DUEÑO.— *(Con voz muy fuerte.)* Que se siente.

JUAN.— ¿Qué es eso?

TERCERO.— Recuerde que el cliente siempre tiene la razón.

QUEZADA.— Puede que tuviera dudas, pero ahora, con su actitud, usted me las ha borrado de la mente. ¿Por qué rechaza mi arbitraje? ... ¿Eh? ... Respóndame... Quiere escudarse en su posición de poderoso para perjudicar a este pobre muchacho.

DUEÑO.— Pero...

QUEZADA.— No me diga nada; lo sé... Los ricos abusan de los que no tienen nada. Los zarandean, los aplastan, los asesinan. Pero ya no más, la hora de la justicia ha llegado.

TERCERO.— Este es nuestro hombre.

QUEZADA.— A ver, siéntese ahí.

DUEÑO.— Ya me estoy cansando.

QUEZADA.— Siéntese.

TERCERO.— Recuerde... El cliente siempre...

DUEÑO.— Sí, sí... El cliente... Maldito loco. *(Se sienta.)*

QUEZADA.— Usted aquí. *(El Camarero lo hace.)* Y ahora, analicemos la situación... ¿A cuánto asciende la suma que le adeuda?

CAMARERO.— Dieciocho pesos por tres semanas.

PRIMERO.— Qué sueldo.

QUEZADA.— ¿Es verdad o no es verdad?

DUEÑO.— Sí... es verdad. No le he pagado porque no tengo dinero. Los tiempos están mal. Le dije que esperara.

CAMARERO.— Que no tiene dinero.

DUEÑO.— Me ha robado... Me ha robado... *(Se levanta.)*

QUEZADA.— Siéntese. Las cosas con calma... Usted por su parte, dice que le ha robado.

DUEÑO.— Sí, que se deje registrar.

CAMARERO.— ¿Registrarme a mí? ... Ja.

QUEZADA.— Es lo justo.

CAMARERO.— Pero...

QUEZADA.— ¿Usted está dispuesto a pagar su deuda si él se deja registrar?

DUEÑO.— Bueno... Sí, está bien.

QUEZADA.— Entonces, usted tiene que estar dispuesto a dejarse registrar si él le paga lo que le debe.

TERCERO.— Justicia popular.

CAMARERO.— Es... Está bien.

QUEZADA.— Señor Dueño del Hotel, proceda. *(El Dueño se levanta y registra los bolsillos... Nada.)*

CAMARERO.— ¿Lo ve?

DUEÑO.— Pero... yo tenía la caja llena de dinero.

QUEZADA.— Usted mismo ha podido comprobar que no ha robado nada.

DUEÑO.— No puede ser... Yo...

JUAN.— Señor Dueño, y por qué no busca... *(Duda.)* No.

DUEÑO.— ¿Dónde?

JUAN.— No, nada.

DUEÑO.— Diga.

JUAN.— No, nada; he dicho.

QUEZADA.— Si es algo que puede esclarecer el caso, debes decirlo. Recuerda que la verdad debe brillar.

JUAN.— Bueno... Si usted quiere.

DUEÑO.— Diga...

JUAN.— ¿Por qué... por qué no busca debajo de la tapa?

DUEÑO.— ¿Debajo de la tapa? ... ¿Qué tapa ni que...? ¿Debajo de la tapa? ... ¿Debajo del sombrero?

CAMARERO.— No.

DUEÑO.— Quítate el sombrero.

CAMARERO.— No.

DUEÑO.— Vamos a ver... *(Se tira sobre él y le tumba el sombrero de un manotazo. Caen una verdadera lluvia de monedas y billetes de banco.)* Anjá éch?

SEGUNDO.— *(Ríe.)*

CAMARERO.— Yo...

QUEZADA.— Nada... Muy mal hecho, hijo. Por más grande que sea nuestra pobreza no podemos terminarla con el robo. Por más grande que sea nuestra necesidad de justicia no podemos tomarla con nuestras propias manos. Lo que se comienza puede seguir, y casi sin darnos cuenta terminaríamos en un caos. ¿No ves nuestra sociedad? ¿No ves adónde hemos venido a parar?

DUEÑO.— *(Quien ha recogido su dinero. Aplaudiendo.)* Bravo... Bravo... Y ahora, fuera de este hotel.

QUEZADA.— No... Parece usted olvidar que le debe dos... no; tres semanas de sueldo.

DUENO.— ¿Y espera usted que le pague después de lo que ha hecho?

QUEZADA.— Son dieciocho pesos, ¿verdad?

CAMARERO.— Sí.

QUEZADA.— Si antes no saldó su cuenta con este empleado fue porque las ganancias no se lo permitían. Así me ha dicho, y así quiero creer que fue. Bien. Ahora, según parece, ha logrado reunir dos o tres veces la cantidad en cuestión. Eso se deduce por la cantidad que ha caído al suelo hace un momento. No queda otro remedio que pagar.

DUENO.— Pero me ha robado.

QUEZADA.— Y usted lo ha recuperado. Además, no olvide que si ha substraído dinero, es porque lo necesitaba, y que si lo necesitaba es porque usted no le pagaba.

SEGUNDO.— Ha perdido usted; no le queda más remedio que pagar.

TERCERO.— Sí. No le queda más remedio. *(El Dueño se ve rodeado por los demás personajes. Traga en seco.)*

DUENO.— Está bien... Maldita sea... Toma los dieciocho pesos.

CAMARERO.— *(Tomando el dinero.)* Buenas noches. *(Se va como alma que lleva el Diablo. El Dueño se retira. Los tres conspiradores vuelven a su mesa.)*

QUEZADA.— ¿Ves, Sánchez? ... ¿Ves cómo es posible la verdad en el mundo? ... Ese es el tipo de acciones que debemos enseñar.

JUAN.— Estuvo muy bien. Nadie podría decir que no. Lo felicito... Pero, mientras tanto, ¿qué hay de comida?

QUEZADA.— Ahora te sabrá mejor. Nunca es mejor que cuando se hacen buenas obras... Ponte los zapatos, por favor. *(Lo hace.)*

TERCERO.— Y ahora... la dialéctica revolucionaria resolverá otro caso.

PRIMERO.— Siéntate.

TERCERO.— Necesitamos un carro, ¿no?

PRIMERO.— Es repugnante.

TERCERO.— Pero responde a la realidad. Si piensa como habla, pueden estar seguros de que nos lo agradecerá. Lo que vamos a hacer, ¿no es por el bien del pueblo? *(Se acerca a la mesa de Quezada.)*

PRIMERO.— Espera.

TERCERO.— Señor... Distinguido señor... No tengo el gusto de conocerlo...

QUEZADA.— *(Saludando.)* Alonso Quezada, para servirle.

TERCERO.— Luis Jordán, a sus pies.

SEGUNDO.— *(Ríe.)*

TERCERO.— Me perdonará que lo moleste pero no podía menos que felicitarlo por esa magnífica, casi divina, demostración de justicia, que nos acaba de brindar.

QUEZADA.— ¿Lo ves, Sánchez? Los hombres comprenden. El mundo puede salvarse. Gracias a usted, joven. Esas palabras me llenan de esperanzas. "Juventud, divino tesoro..." Siempre he pensado que es por la juventud por donde hay que comenzar a trabajar. Ella tiene la fuerza que las injusticias nos han quitado a nosotros.

PRIMERO.— Oye tú, ven.

TERCERO.— Fuerzas tenemos, pero nos faltan personas como usted que nos puedan llevar hasta donde queremos ir.

SEGUNDO.— *(Entre risas.)* Eso, eso... Preparen sus maletas; nos vamos ya.

JUAN.— ¿Y hasta dónde quieren ir ustedes?

SEGUNDO.— Muy lejos, muy lejos.

JUAN.— Cuidado, señor, con ofrecer su carro. Ya sé cómo es usted, pero si sube a estos tres muchachos vamos a tener que recoger las piezas con palas. Recuérdese que no puede soportar mucho peso, ni caminar muy lejos.

QUEZADA.— Cállate, hombre, no es eso a lo que se refiere.

TERCERO.— Y ahora... Si pudiera... si no fuera demasiado pedir, quisiera robarle unos minutos de su precioso tiempo. Tengo necesidad de hablar con usted.

QUEZADA.— Todo lo que quiera. Los pocos años que me quedan se deben a la extensa carrera que le promete la vida. *(Se sienta el Conspirador Tercero. El y Quezada hacen como si hablaran. Aparece el Escritor.)*

ESCRITOR.— Duérmete Quezada,
Duérmete mi amor,
Que yo necesito un carro
Para hacer la revolución.

(La escena del hotel desaparece. Aparece el Dueño, buscando y marcando un número de teléfono.) Malos versos; mala realidad; mala mentira. Pero cuán dulces son los sonos de cualquier canción *(Señala su pecho.)* que nos toque aquí dentro: dulce la canción del pan para los pobres; dulce la canción de los pobres para el idealis-

ta; dulce la canción que elimina a los pobres para el que no es idealista. Y millones y millones de canciones para millones y millones de seres humanos. Cada uno con su dulce canción.

DUENO.— Hbla... ¿La Policía? ... Es del hotel Universo. Me han robado. Sí... El camarero se marchó con dieciocho pesos de mi caja... Sí... No puede ir muy lejos. Si se dan prisa... Sí, eso es. *(Desaparece el Dueño.)*

ESCRITOR.— Y a las doce de esa noche, la represa del pueblo voló hecha mil pedazos. Todos salieron a la calle para ver qué sucedía, y todos maldijeron en la bañera cuando notaron la falta de agua: "Eso está muy mal, eso está muy bien, son los Estados Unidos, que tengo calor, es Carlos Marx, democracia, democracia, que no se puede hacer, que sí se debe..." Al diablo... Nadie escuchó a nadie; todos hablaban. Y mientras tanto, las tres promesas del futuro iban en auto a recoger sus felicitaciones. Sesenta, setenta, ochenta, cien, cientoveinte, más rápido; el cuenta millas no da más. La gloria está cercana y el agradecimiento del pueblo también. *(Han ido apareciendo: Quezada, Sánchez y los dos prisioneros; todos entre rejas. El Escritor desaparece.)*

PRISIONERO.— *(Ríe a carcajadas.)*

QUEZADA.— Sánchez, no me gustá lo que has hecho.

JUAN.— Era lo mejor, créame.

QUEZADA.— Lo mejor es siempre la verdad.

JUAN.— A la gente no le prueba la verdad: le indigesta, o lo que es peor: hacen que le indigeste a uno. Como han sucedido las cosas, lo más probable es que esta misma noche estemos fuera de la cárcel; pero si le hubiéramos dicho que usted consintió en prestar el auto, que no fue un robo... por lo menos tres años sin ver la luz, se lo aseguro.

QUEZADA.— Pero si yo no sabía que iban a dinamitar el acueducto.

PRISIONERO.— ¿Eh?

JUAN.— ¿Y quién lo iba a creer? ... Así ha sido mejor.

PRISIONERO.— ¿Dinamitaron el acueducto?

QUEZADA.— Sí.

PRISIONERO.— ¿Quiénes?

JUAN.— Yo que sé.

QUEZADA.— Tres muchachos.

PRISIONERO.— Seguro que son del Partido.

OTRO.— ¿Quiénes otros?

QUEZADA.— ¿Los del Partido? ... ¿Qué Partido?

PRISIONERO.— Pero ¿no lo sabe?

QUEZADA.— ¿Qué debo saber?

PRISIONERO.— Hay una declaración formal de guerra al Gobierno. Ya ha desembarcado un grupo y ocupado posición en las montañas.

OTRO.— Shhh... Calla.

PRISIONERO.— ¿Por qué?

OTRO.— ¿Tú sabes quiénes son estos?

PRISIONERO.— Víctimas, igual que nosotros. De ser delincuentes comunes los habrían puesto en celdas comunes.

OTRO.— Espera.

PRISIONERO.— Sí.

OTRO.— Oigan... ustedes dos. ¿Por qué los han traído aquí?

JUAN.— Pues bien...

QUEZADA.— Por la explosión del acueducto.

JUAN.— Los muchachos cogieron nuestro auto y la policía reconoció la placa. En realidad lo que sucedió fue que...

PRISIONERO.— ¿Lo ves? son de los nuestros.

OTRO.— Habla más bajo.

PRISIONERO.— Sí.

OTRO.— ¿Qué noticias traen?

QUEZADA.— ¿Noticias?

OTRO.— De las guerrillas en las montañas.

JUAN.— Algo hemos oído de eso.

PRISIONERO.— No teman; en nosotros pueden confiar; estamos aquí por lo mismo que ustedes.

QUEZADA.— ¿Por la explosión?

PRISIONERO.— No, por Dios; por luchar en favor del pueblo.

QUEZADA.— ¿Por luchar en favor del pueblo?

OTRO.— Eso basta para ganarse el encierro.

QUEZADA.— ¿Por amor al pueblo? ... ¿Por amor a los humanos?

PRISIONERO.— Exactamente.

QUEZADA.— El mundo está lleno de posibilidades. ¿Ves, Sánchez, cómo hasta en la cárcel encontramos compañeros de nuestra causa?

JUAN.— Según voy viendo, lo más probable es que nos encontremos todos tras las rejas.

QUEZADA.— Nuestro espíritu es demasiado grande y poderoso para que ninguna represión inventada por los humanos pueda detenernos.

PRISIONERO.— Así se habla.

OTRO.— Pero díganos... díganos, ¿qué saben de los guerrille-
ros?

QUEZADA.— ¿Son ustedes sus amigos?

PRISIONERO.— Sí, claro que sí. Estamos presos porque des-
cubrieron nuestro contacto con ellos.

OTRO.— No son necesarias las explicaciones.

QUEZADA.— Tal vez sí. Quiero saber.

JUAN.— ¿No escuchó usted, señor? ... No son necesarias las
explicaciones.

QUEZADA.— ¿Desconfías?

JUAN.— Hasta de mi madre, se lo he dicho.

QUEZADA.— ¿No ves que son compañeros de infortunio?

JUAN.— Sí, señor. Todos los humanos somos compañeros de
infortunio; pero a pesar de eso, la mayoría no es de fiar.

QUEZADA.— No digas tonterías.

OTRO.— ¿Qué hay?

QUEZADA.— ¿De qué?

OTRO.— De los que luchan en las montañas.

QUEZADA.— Ah, sí... De los que luchan... A eso quiero
referirme, y si ustedes son sus amigos, tal vez puedan explicarme.

OTRO.— ¿Qué?

QUEZADA.— ¿Por qué luchan?

PRISIONERO.— Vamos, yo creí que usted lo sabía.

QUEZADA.— Yo también creí que lo sabía; pero veo que
estaba equivocado.

OTRO.— ¿Por qué?

PRISIONERO.— ¿Qué ha sucedido?

QUEZADA.— He leído sus pronunciamientos, sus comunica-
dos y discursos, y me han parecido de lo más bello que se a
producido en nuestra tierra.

JUAN.— Señor.

QUEZADA.— Calla.

JUAN.— Está bien.

QUEZADA.— Estoy completamente identificado con sus
ideales de principio a fin.

PRISIONERO.— Me alegra.

QUEZADA.— Pero...

OTRO.— ¿Sí?

QUEZADA.— Las últimas noticias...

PRISIONERO.— Las últimas noticias, eso queremos saber.

QUEZADA.— Las últimas noticias indican que han tomado
las armas.

PRISIONERO.— Esas no son tan últimas; ya lo sabíamos
antes de ingresar en la prisión. De eso hace ya más de dos meses.

QUEZADA.— Yo también lo sabía desde hace tiempo, pero
me había negado a creerlo. Después de haber leído aquello no me
podía imaginar que...

PRISIONERO.— Pues regocíjese, que es verdad.

QUEZADA.— ¿Lo saben de cierto?

PRISIONERO.— Ya le dije: la noche que ellos desembarca-
ron, nosotros estábamos comunicados con ellos mediante una ra-
dio de aficionados, y...

OTRO. Oye tú...

PRISIONERO.— No molestes.

OTRO.— Pero.

PRISIONERO.— Bah... La policía entró cuando acababan de
decirnos que todo había sido un triunfo.

QUEZADA.— Desgracia.

PRISIONERO.— No tan grande; lo que importa es que ellos
estén allá arriba.

QUEZADA.— Desgracia. Unos jóvenes que pensaban como
ellos.

OTRO.— ¿Que pensaban? ... ¿Quiere decir... que han muer-
to?

QUEZADA.— No, que yo sepa, están vivos todavía; pero tal
vez hubiera sido preferible que murieran antes de dar ese paso.

PRISIONERO.— ¿Qué dice?

OTRO.— ¿Cuál paso?

QUEZADA.— Tomar las armas.

PRISIONERO.— No comprendo.

QUEZADA.— ¿Cómo han podido traicionar sus propios idea-
les?

OTRO. ¿Traicionar?

QUEZADA.— Hablan de paz, de amor, de igualdad entre los
hombres.

OTRO. Y por eso lucha, ¿no?

PRISIONERO.— Sigo sin comprender.

QUEZADA.— Los pobres... han caído en las trampas de nues-
tra sociedad. Necesitan de quién los aconseje. Sé que sus intencio-
nes son buenas, pero nuestro mundo es tan oscuro, tan horrible-
mente oscuro. Todos los hombres andan a ciegas por él.

OTRO.— Explíquese... ¿Es que ha sabido usted algo?

QUEZADA.— Si los que creen en el hombre lo asesinan en-
tonces no hay salvación.

PRISIONERO.— ¿De qué asesinatos habla usted?

QUEZADA.— ¿Puede llamarse de otra forma el hecho de disparar contra un hermano? ... Critican a los asesinos y a la primera ocasión que se les presenta se comportan como ellos. Ahora mismo, en este momento, tal vez, se están ensuciando sus manos. Sus puras manos de muchachos. *(Se levanta.)* No disparen... No disparen...

JUAN.— Señor Quezada.

QUEZADA.— Ustedes que son sus amigos pueden decirme: ¿por qué se han vestido de soldados? ... ¿Por qué se esconden tras las uniformes y las ametralladoras, como si los uniformes y las ametralladoras pudieran perdonar algún pecado?

OTRO.— Está loco.

PRISIONERO.— Era necesario.

QUEZADA.— ¿Necesario?

PRISIONERO.— ¿De qué otra forma es posible vencer la tiranía? ... Dígame.

OTRO.— ¿Cómo acabaron con Hitler?

PRISIONERO.— ¿Cómo con los miles de tiranos que ha tenido el mundo?

OTRO.— ¿Cómo? ... ¿No fue acaso con las armas?

QUEZADA.— Oh, Dios... *(Pausa.)* Locura... locura... locura... Es un círculo vicioso, una tragedia redonda que nos ciñe hasta quitarnos el aliento... ¿No se dan cuenta de que la sangre trae más sangre; que la muerte no puede liberar la vida? ... ¿No se dan cuenta? ... ¿No se dan cuenta? ... *(Quezada está separado de los demás. La escena comienza a desaparecer. Aparece el Escritor.)*

ESCRITOR.— Y Quezada tenía razón, tanta razón, como el que dice: "La sangre es necesaria; es preciso limpiar la vida con la muerte; cuando arde una casa hay que destruir las vecinas para evitar que se propague el fuego"... ¿Pero, qué más da? ¿A quién le importa en la vida si el de al lado tiene razón? ... Es necesario que sea así; que todos tengan razón y que ninguno se dé cuenta. Es necesario así, para que el mundo pueda seguir andando. *(Música. Un haz de luz desciende sobre Quezada, arrodillado.)*

QUEZADA.— Señor... Señor... que estás en los Cielos o en cualquier otra parte, si puedes escucharme, escúchame... Señor, ¿no fue hermoso tu Paraíso? ¿No quieres estar orgulloso de tu obra? ... Sé que apenas soy un átomo perdido en el infinito, pero Jesús dijo que bastaba una fe tan pequeña como el grano de la mostaza para mover montañas; y mi fe es grande y firme, no conoce fracasos, es ciega... Escúchame, Señor, si tienes oídos...

Dame lo que necesito para comenzar a completar tu obra. Yo creo comprender lo que Tú quieres... Mostraste a los humanos la felicidad y te la volviste a llevar contigo; para que fuera labor nuestra el crear un nuevo paraíso... Enséñame, entonces, cómo he de hacer. Quiero ser digno de tí... Quiero dar a comprender tu idea... Señor... Señor... Escúchame si puedes... *(Su voz y su figura se han ido apagando lentamente. La música continúa unos segundos.)*

ESCRITOR.— *(Quien por primera vez ha prestado sus ojos a la acción.)* Las puertas de la cárcel se abrieron, como había pensado Sánchez. El Juez, si lo hubo, se diría: "Son unos infelices. De nada tienen la culpa... Además, me parece que el más viejo está un poco tocado... Prefiero no comentar, y voy a lo que importa: los dos hombres reanudaron su camino, ahora sin el auto, que fue confiscado. Los ojos de Quezada miraron la montaña y allí vieron la esperanza no perdida. Y caminaron, siguiendo el rastro trazado por la vista. *(Desaparece el Escritor. Aparecen el Gobernador y el Cura Pérez.)*

PEREZ.— Dígame, dígame ¿supo algo? ... ¿Qué supo, qué supo?

GOBERNADOR.— Nada, nada nuevo. Sólo se ha podido sacar en claro que salieron de aquel pueblo con dirección a las montañas. Montañas: así en plural.

PEREZ.— A las montañas, a las montañas... Lo van a matar.

GOBERNADOR.— No todo está perdido. Tal vez... Tal vez se den cuenta de que está loco, y así, después de una reprimenda...

PEREZ.— No, no se darán cuenta. Ni siquiera se dio cuenta el Juez que lo absolvió. Nadie... Nadie se da cuenta.

GOBERNADOR.— Todo esto es un descrédito para nosotros. Un descrédito, y quién sabe si algo más... Al menos para mí... Cuando el Superior Gobierno se entere de que el hombre era de este pueblo, ¿qué le voy a decir? ... Porque se enterará. Estoy seguro de que se enterará. Todo lo averigua. Cuando lo maten, harán investigaciones y vendrán donde mí... ¿Cómo me podré justificar?

PEREZ.— Un hombre que anda diciendo que salvará el mundo; diciéndolo a todo el que topa, y nadie se da cuenta de que su cerebro no funciona bien.

GOBERNADOR.— Quiera Dios que pueda conservar mi puesto. Temo.

PEREZ.— Quiera Dios que pueda conservar la vida.

GOBERNADOR.— ¿El o yo?

PEREZ.— Los dos, naturalmente.

GOBERNADOR.— Amén... ¿Y Dulce?

PEREZ.— Le di el calmante que le recetó el médico y logré convencerla de que se acostara... Se ha dormido... Temo que pueda enfermarse con ésta incertidumbre.

GOBERNADOR.— Todos nos enfermaremos. Todos pararemos en el manicomio. Maldito sea el día en que...

PEREZ.— No maldiga, señor Gobernador.

GOBERNADOR.— Perdone... El día en que se me ocurrió postularme. ¿Cómo gobernar un pueblo como éste? : todos están siempre inconformes; todos protestan; todos conspiran; todos quieren tumbar el Gobierno; todos...

PEREZ.— No es este país: es el mundo; es este siglo; andan de cabeza. Creo que el Apocalipsis está cercano. Es como esos niños que defecan en la cuna y luego juegan con lo puesto. Cuando llegan los padres no saben por dónde agarrarlo. Así está el mundo. Dios no debe saber por dónde meter la mano. Estará cansado. Sentirá unos deseos irresistibles de terminar con todo. Pronto aparecerán las señales en el cielo. Pronto las veremos.

GOBERNADOR.— Ya las estamos viendo: los satélites artificiales, los platillos voladores, y lo que es peor: la bomba atómica; la de oxígeno, la de hidrógeno, ¿qué se yo?

PEREZ.— Sólo nos queda rezar.

DULCE.— *(Desde fuera, grita.)*

GOBERNADOR.— ¿Qué pasa? ... ¿Qué es eso?

PEREZ.— Ha sido Dulce; de seguro ha tenido una pesadilla.

GOBERNADOR.— Vaya, vaya usted a ver qué le pasa.

PEREZ.— Ya voy, ya voy... Pobre mujer... *(Da unos pasos.*

Dulce entra.)

DULCE.— ¿Lo han matado? ... ¿Lo han matado?

PEREZ.— *(Sujetándola por los brazos.)* Vamos, Dulce, cálmese... Cálmese ¿Qué le sucede?

DULCE.— Lo vi... Lo vi... Lo han matado... *(Gime.)*

PEREZ.— No, no ha visto nada; ha sido un mal sueño... Los nervios, comprenda.

DULCE.— *(Calmándose, lentamente.)* Tenía la cabeza destrozada... Los ojos abiertos... Lo vi... Me dijo... No comprendieron.

GOBERNADOR.— No se preocupe; ya volverá. Debe estar paseando por ahí. Además, Sánchez lo cuida. Ya sabe usted cómo lo quiere.

DULCE.— Hay que encontrarlo... Hay que encontrarlo... proméтанme que lo buscarán.

GOBERNADOR.— Estamos haciendo todo lo posible; todo lo que está en nuestras manos.

DULCE.— Usted... Usted... Padre... Júrelo por Dios...

PEREZ.— Sí, hija... Lo juro. *(Desaparecen. Aparece el Escritor.)*

ESCRITOR.— Nuevamente sin comentarios... Volvamos a Quezada. *(Por un lado entra Sánchez, corriendo rápidamente. Le sigue, con lentitud, Quezada.)*

QUEZADA.— Espera, espera, Sánchez... No hay peligro... Ya no nos siguen... Espera.

JUAN.— Sí, nos siguen... Corra usted... Corra usted...

QUEZADA.— Son mis años; no puedo más... Espera... Espera... *(Salen por el lado opuesto.)*

ESCRITOR.— Las montañas estaban lejos, y lejos también la esperanza. Fueron tantos los días que hicieron nacer callos en los pies de ambos; y muchas las noches que arrancaron escalofríos a sus carnes ya magras. A cada paso se encontraban con soldados que corrían; pero nunca tan rápido como el miedo de Sánchez. Y mientras tanto... ¿Dónde estaban los salvadores? ... ¿Dónde estaban? ... Quién sabe. *(Aparecen Quezada y Sánchez, sentados. El Escritor desaparece.)*

JUAN.— Señor, ahora soy yo quien no puede más.

QUEZADA.— Está bien; descansaremos.

JUAN.— Muy razonable. *(Se quita los zapatos.)* No sé qué pasará con la gente de este lugar. Nos miran mal y alguno, diría, quisiera matarnos. Si pedimos amparo nos cierran las puertas en las narices; si pedimos comida... ay, comida... ni siquiera el alimento de los puercos nos dan. Cinco días llevamos comiendo hierbas y frutas. Mi estómago comienza a resentirse: da unos gritos como de bestia sacrificada.

QUEZADA.— Hambre que espera hartura no es hambre.

JUAN.— ¿Es eso un chiste? ... He llegado a la conclusión de que esos hombres en las montañas no son más que una invención de Dios sabe quién. No hemos encontrado ni el menor rastro de ellos.

QUEZADA.— Por algún lugar tienen que estar.

JUAN.— ¿Y si se han marchado a sus casas? ... Y si los han matado?

QUEZADA.— Imposible: los soldados siguen patrullando; se escuchan disparos en la noche; tú mismo has visto como transportan los heridos.

JUAN.— Sí. La mayoría de esos disparos han sido dirigidos

contra nosotros, y los heridos puede que sean causados entre ellos mismos. Con tanta maleza y tanta oscuridad cualquiera se equivoca. Es más, estoy seguro de que si no han vuelto a sus cuarteles es porque nos han visto a nosotros dos y se imaginan que somos la avanzada de todo un ejército. Creo que tenemos a todas las tropas siguiéndonos los pasos.

QUEZADA.— No hables disparates.

JUAN.— No son disparates... Presiento que nos están cercando; que de un momento a otro no tendremos ni la menor brecha para escapar. ¿No se da cuenta de que últimamente nos han estado tirando de un lado para otro como a una pelota?

QUEZADA.— Mala orientación; hemos avanzado.

JUAN.— Quién sabe hacia adónde. Lo mejor que hacemos es poner los pies en polvorosa mientras tengamos una salida. Es un consejo que me doy y le doy. Ya es hora de abandonar esta búsqueda inútil... Todavía hubiera alguien por aquí, no sería posible encontrarlo con ese montón de balas silbando por los cuatro puntos cardinales... ¿Qué me responde?

QUEZADA.— *(Se levanta y respira profundamente.)* El sol se está poniendo.

JUAN.— El sol se está... ¿Es eso lo que me responde? ... Está bien: el sol se pone; ¿qué ganamos con eso? ... Otra noche al descubierto.

QUEZADA.— No te quejes; es necesario así.

JUAN.— ¿Necesario para qué?

QUEZADA.— Bueno, pues... Después de todo, ellos tampoco tienen techo.

JUAN.— Si es gente sin techo lo que quiere, en los poblados la puede encontrar por centenares. ¿Para qué buscarnos problemas aquí arriba?

QUEZADA.— Sánchez, hace rato que me viene pareciendo que has olvidado para lo que hemos subido.

JUAN.— ¿Qué más quisiera yo que poder olvidarlo? ... Olvidarlo, sentado en el patio de mi casa.

QUEZADA.— ¿Y nuestros ideales?

JUAN.— No sé los suyos; pero los míos se han ido cayendo con cada tropezón.

QUEZADA.— Prefiero creer que estás cansado y que el agotamiento no te deja pensar.

JUAN.— No crea. A fuerza de estar con usted no le queda a uno más remedio que aprender a pensar, aunque uno se muera de cansancio. Sí, pensar hasta que uno se harta de tener cabeza. Hasta

cuando ya no se puede más, como ahora... Señor, desista usted de todo esto. ¿No se da cuenta de que es tiempo perdido? ... Suponga usted que encontramos a esos guerrilleros que anda buscando, ¿qué le hace pensar que van a comprender sus ideas?

QUEZADA.— Tienen que comprender.

JUAN.— ¿Comprendieron los del hotel? ¿Comprendieron los de la cárcel? ¿Comprenden los campesinos? ¿Comprendía su familia, o alguien en el pueblo? ¿Puede comprender alguien en el mundo?

QUEZADA.— Yo he comprendido... Tú has comprendido...

JUAN.— Yo... No sé, señor... Tal vez hemos cometido una locura al dejar nuestros hogares... ¿Sabe usted? ... Antes de ir al trabajo, todas las mañanas, lo escuchaba hablar y sus palabras eran como una indescriptible fuerza que me permitía soportar la faena. Cuando volvía del trabajo lo escuchaba nuevamente, y sus palabras eran como un bálsamo; podía dormir tranquilo, pensando que alguien se preocupaba por nuestro futuro... Por eso, cuando lo vi marcharse no lo pensé dos veces y me dije: ese es mi hombre... Aquel día no hubo tiempo para las dudas que ahora son las tres comidas... Ya no más, señor Quezada, ya no más. Esto ha sido un sueño tan hermoso como cualquier otro. Ahora, debemos volver a la realidad. Esa que nos está esperando en el lugar donde nacimos... ¿Sabe que siento mucha pena? ... Me imagino cómo habrán enflaquecido las vacas; cuán triste estará la sonrisa de mi esposa.

QUEZADA.— No estará más triste que la mía, ahora cuando te escucho. ¿Sabes cuál es nuestro deber?

JUAN.— Deber... Saber... Deber... Sólo sé que entre esas personas que usted busca para darles "la felicidad y la paz", estoy yo. Sí, en el centro de ellas; esperando también como ellas. Sólo sé que tengo derecho a ser feliz... Arañando la tierra, si es necesario... Pero, si me pegan un tiro por la espalda mientras huyo, ¿cómo podré serlo? ... Un héroe, sí, pero no un hombre feliz... Yo no quiero ser ni más ni menos que nadie; quiero ser igual a los demás. He llegado a pensar que... No sé cómo decirlo... pero es como si... Si mi vecino es tan pobre como yo, no lo envidio; estamos a la misma altura; somos iguales. Aún me queda la esperanza de que yo pueda ser un poco más feliz que él... Antes no me daba cuenta... Ahora sí... ¿Comprende? ... *(La escena desaparece. Aparece el Escritor.)*

ESCRITOR.— Los ratones abandonan el barco cuando éste se hunde. Pero, no es necesario ser ratón para querer salvarse. Y esa noche, cuando ya Quezada se había dormido, Juan Sánchez tomó

la senda que lo conducía a su casa. A ella llegó aprovechando las sombras de la noche, y seguramente su esposa lloró en sus brazos, para después regañarle. *(Ha comenzado a aparecer la Vieja Campesina. Hay un pilón y su mano.)*

CAMPESINA.— ¿Quién va? ... ¿Quién va?

ESCRITOR.— Quezada buscó a su amigo y no lo encontró. Reflexionó y siguió su camino.

CAMPESINA.— Pregunto que quién va...

ESCRITOR.— Llegó a la cabaña de una campesina. Una cabaña tan bella como una tumba. Su dueña también tenía una historia: casa, parida, viuda, sola con un hijo, que para la época había entrado a formar parte del ejército. *(El Escritor desaparece.)*

QUEZADA.— Buena señora.

CAMPESINA.— ¿Quién eres tú?

QUEZADA.— Un amigo, señora, que busca techo.

CAMPESINA.— ¿Un amigo? ... No me parece conocerte.

QUEZADA.— El mundo está lleno de amigos; aunque nunca les hayamos visto la cara.

CAMPESINA.— Muy bonito.

QUEZADA.— No quisiera molestarla, pero estoy muy cansado.

CAMPESINA.— Las montañas y el campo son grandes para descansar.

QUEZADA.— Sí: grande y frío... muy frío, sobre todo.

CAMPESINA.— No tienes cara de ser de por aquí.

QUEZADA.— No soy de por aquí.

CAMPESINA.— Entonces, puedes seguir tu camino.

QUEZADA.— Sólo pido un poco de agua para beber y una silla donde descansar.

CAMPESINA.— No tengo agua ni sillas... Vete.

QUEZADA.— Parece asustada.

CAMPESINA.— Lo estoy, y a usted no le importa.

QUEZADA.— Ni deja de importarme... Ha visto usted por aquí a un hombre... *(Describe a Sánchez con pocas palabras.)*

CAMPESINA.— No lo he visto. Es malo andar viendo cosas por estos campos. Vete de aquí. A quién me pregunte si te vi, también le diré que no.

QUEZADA.— Entonces, supongo, tampoco sabe por dónde andan los guerrilleros.

CAMPESINA.— Dios me libre. Esos asesinos no se atreverían a venir por aquí; saben que tengo un hijo leal al gobierno.

QUEZADA.— Parece como si se los hubiera tragado la tierra.

CAMPESINA.— Ojalá la tierra se los trague; eso pienso yo. No hacen más que crearles problemas al cristiano.

QUEZADA.— ¿Por qué dice eso?

CAMPESINA.— ¿Vas a decirme que no lo sabes? ... Hace algunos días se escondieron en la casa de un vecino, y cuando llegaron los leales y se enteraron de que habían estado allí, mataron desde el abuelo hasta el nieto de seis meses.

QUEZADA.— Dios mío.

CAMPESINA.— ¿Quieres saber mi opinión? : estuvo muy bien hecho. Es como un castigo de Dios por proteger a esos traidores; a esos demonios... Mi hijo lo ha dicho: "El infierno es el mejor lugar para ellos".

QUEZADA.— No diga tonterías, ¿qué castigo ni qué ocho cuartos? Eso fue un asesinato vil.

CAMPESINA.— ¿Cuidado si tú eres uno de ellos?

QUEZADA.— ¿Yo? ... No... Simplemente los busco.

CAMPESINA.— ¿Los buscas para qué?

QUEZADA.— Tengo que hablarles.

CAMPESINA.— Entonces no tienes nada que hacer aquí.

QUEZADA.— Te lo pido de favor... sólo un momento para descansar.

CAMPESINA.— El ejército puede llegar de un momento a otro, y no preguntan. Sólo cogen sus aparatos y... ta-ra-ta-ta-ta...

QUEZADA.— No están cerca; logré despistarlos hará más de una hora.

CAMPESINA.— ¿Despistarlos? ... Entonces eres un guerrillero.

QUEZADA.— Te digo que no.

CAMPESINA.— ¿Sabes que el caso de los vecinos no es el primero? ... Rafael me ha dicho...

QUEZADA.— ¿Quién es Rafael?

CAMPESINA.— Mi hijo... Me ha dicho que ya han matado a muchos más. El es militar, ¿sabes?

QUEZADA.— Y seguramente ha tomado parte en las matanzas.

CAMPESINA.— Eso no me lo dijo. Pero estaría orgullosa de él si lo hubiera hecho... Vete, vete.

QUEZADA.— Matar es pecado.

CAMPESINA.— A esas gentes no. El cura lo explicó el domingo pasado.

QUEZADA.— ¿Un cura?

CAMPESINA.— Sí; en la misa del ejército. Bendijo a los sol-

dados y a sus armas y les dijo que tuvieran brazos fuertes para la defensa de Dios. Está claro... ¿Qué otra cosa iba a querer decir?

QUEZADA.— *(Ríe)* ¿Pero no se da cuenta de que si Dios tomara partido en esto, estaría de parte de los guerrilleros?

CAMPESINA.— *(Signándose.)* Jesús, María y José... Ni que Dios estuviera loco.

QUEZADA.— Está mal que ellos hayan tomado las armas, por eso quiero hablarles; pero al menos luchan por una causa justa.

CAMPESINA.— Ya no me cabe duda... eres un guerrillero.

QUEZADA.— ¿No sabe lo que quieren? ... Libertarlos a ustedes; traer la civilización al último lugar del campo.

CAMPESINA.— *(Quien se pone a prudente distancia de Quezada.)* Eso dicen, pero, después que toman el poder, fusilan a los que creen en Dios.

QUEZADA.— Leyendas. Canciones de cuna para dormir a los que no saben.

CAMPESINA.— ¿Dormir? ... ¿Por qué entonces matan a nuestros hijos? ... Mis ojos han visto pasar muchos cuerpos sin vida hacia el valle. José, el de los ojos claros, era un muchacho hermoso, hacía poco que había entrado en el ejército; le dieron un balazo en el medio de la frente. El esposo de Lucila, era fuerte, tenía el uniforme cruzado por puntos negros y olía mal. *(Se ha colocado detrás de Quezada.)*

QUEZADA.— Muerte... Destrucción... Miseria... Los inocentes se revelan. Ya no hay manos limpias. Todo parece perdido... Dios, Dios. Nadie puede ser feliz en un mundo como éste.

CAMPESINA.— ¿Qué dices?

QUEZADA.— Hemos llegado todo lo lejos que podíamos llegar.

CAMPESINA.— Son asesinos.

QUEZADA.— Ya no hay un sólo paso para dar en esa dirección. Es necesario que sea así. Tiene que ser así. *(Se adelanta como un visionario.)* Toda esta tormenta de tristeza no es más que una señal de que pronto ha de llegar la paz; de que pronto las cosas van a caminar como es debido... Nada parece ser eterno en nuestro mundo, y ya el mal ha reinado durante mucho tiempo... El bien está ya cerca... El bien está ya cerca... *(El Escritor ha ido apareciendo poco a poco.)*

ESCRITOR.— La vieja pensó: "Este hombre es un enemigo; canta la misma canción de los que quieren perjudicarnos. Si triunfan asesinarán a nuestros hijos; a los que traen el dinero todos los meses para poder vivir... Ese hombre ha mentado... Ese hombre ha

mentido. *(Durante las próximas palabras, la Campesina toma la mano del pilón y se acerca por la espalda a Quezada.)* Y si a los que los ocultan los fusilan; a los que acaban con ellos por lo menos les darán una casa con dos habitaciones, y tal vez una vaca, y quién sabe si un cerdito bien rollizo... Mi hijo se pondrá muy contento, muy contento, y me dará más de lo que ahora me da... *(Blande el palo.)* "Que Dios me perdone si hago mal". *(La escena se oscurece en el momento en que la vieja mujer descarga su golpe sobre la nuca de Quezada. Música. El Escritor esconde la cabeza entre las manos. Casi simultáneamente aparecen todos los personajes, menos Quezada. Dulce, Sánchez y el Gobernador están en primer plano. Los demás, un poco alejados, ondean en largas astas, grandes, transparentes y blancas banderas. El movimiento es lento. La música es una marcha lenta, dolorosamente alegre. Vítores.)* Y los tiempos cambian. Sí, cambian, ¿quién dice lo contrario? ... Los que antes eran jóvenes ahora son viejos. Muchos niños han nacido y unos cuantos más reposan en sus tumbas. Los tiempos cambian, sí. Hasta puede que haya uno más entre los de arriba y un millón más entre los de abajo. El mundo se mueve, ¿quién puede dudarlo?

JUAN.— ¿Cree usted que lo recordaré?

DULCE.— Lo recordarás.

JUAN.— Tal vez no lo he repetido todas las veces necesarias.

DULCE.— Para eso la noche no pudo ser más larga.

GOBERNADOR.— Ya está... Ya está todo el pueblo reunido... Este es un gran día para nuestra historia. Sí señores, un gran día. Ah, estoy nervioso, nervioso. Todo está bien ensayado, pero siempre puede fallar algo... ¿No se nos habrá olvidado nada? ... ¿No se nos habrá olvidado nada?

JUAN.— Ay.

GOBERNADOR.— ¿Qué?

JUAN.— No puedo recordarlo. No puedo recordar ni siquiera cómo empieza.

GOBERNADOR.— ¿Tú discurso?

JUAN.— Sí.

GOBERNADOR.— ¿Adónde está el papel? ... ¿Adónde está el papel? ... Búscalos; te lo leeré otra vez.

DULCE.— No es necesario; ya me lo tengo aprendido.

GOBERNADOR.— Magnífico.

DULCE.— Comienza así...

JUAN.— ¿A ver?

DULCE.— Yo, quien fue su mejor amigo; quien presencié su heroica muerte en las montañas...

JUAN.— Yo, quien fui su mejor amigo; quien presencié... Sí, sí, ya lo recuerdo... Muchas gracias, doña Dulce.

GOBERNADOR.— La banda de música está en su puesto... Ya han llegado las flores... Las muchachas... Los fuegos de artificio... Ah, me olvidaba. Voy a ofrecer estos libros que le pertenecieron en vida, para inaugurar la biblioteca pública "Don Alonso Quezada". Claro está, si usted lo permite.

DULCE.— Lo permito.

GOBERNADOR.— Es "El Proceso", de Franz Kafka... Logré salvarlo del fuego. Aquel día me dije: "El Cura Pérez no tiene razón. No los quemaré. Aquí quién está en lo cierto es don Alonso". Era una cosa clara... Mírelo. Aquí están. He leído la obra y es magnífica. Qué ideas. Qué precisión. Libros así son los que pueden conducir a la humanidad por un camino recto y claro... Al pueblo le encantará saber que en sus horas de desgracia, el señor Quezada tuvo a su lado un amigo que supo comprenderlo y ver hacia el futuro.

JUAN.— Dos amigos, señor Gobernador, dos amigos.

ESCRITOR.— *(Mientras se dirige hacia una pequeña tribuna entre la multitud.)* Tres amigos, cuatro amigos, cinco amigos, diez amigos, mil amigos. Don Alonso Quezada tendrá muchos amigos. Hasta los pájaros del parque que irán a posarse sobre la cabeza de bronce de su estatua, para ensuciarla, serán sus amigos. Aplaudan al gran hombre. Aplaudan al gran difunto. *(Ha llegado a la tribuna. Sánchez corre a colocarse un escalón más abajo. Vítores.)*

GOBERNADOR.— Ya va a comenzar... Ya va a comenzar... Dios mío... Qué gran día.

ESCRITOR.— *(Hablando a los de las banderas, en tono de discurso.)* Pueblos del mundo: Ha llegado el momento de agradecer a nuestros mártires. *(Vítores. Las banderas se agitan.)* Este hombre, que murió por nosotros, debe permanecer imperecederamente en nuestras memorias. Nacido en nuestra pobre región, se lanzó hacia el infinito, coronado por los laureles de la victoria; que desgraciadamente no llegó a presenciar. *(Nuevo agitar de banderas. Vítores.)*

GOBERNADOR.— Alégrese usted, Dulce... Es usted la viuda de un cíclope... Vamos, vamos al pie de la tribuna.

DULCE.— No, prefiero quedarme aquí.

GOBERNADOR.— Imposible; su participación en el acto es necesaria.

DULCE.— *(Entre lágrimas.)* Iré más tarde.

GOBERNADOR. Bien. *(Corre a colocarse un escalón más abajo que Sánchez.)*

ESCRITOR.— Nada que hagamos será suficiente para agradecer la gran obra de Alonso Quezada. Tendríamos que entregar nuestras vidas y las de nuestros hijos y la de los hijos de nuestros hijos, al arrollador fuego de su ideal. La lucha está abierta para conservar lo que hemos ganado. Debemos morir, si es necesario. *(Las banderas se agitan. La luz va concentrándose poco a poco en la figura solitaria de Dulce.)*

DULCE.— Tu lucha... la muerte... *(Sonríe entre lágrimas; con sencillez.)* Esposo mío... Hijo mío... Perdóname que esté triste; perdóname que lllore en este día que dicen tan grande para tí... Espero que comprendas: sería una hipocrecía de mi parte estar alegre hoy. A tí no puedo mentirte: yo tampoco he comprendido; de nada me sirve tu gloria; el bronce y los aplausos no me tocan... Esta es una hora triste para mí: hoy comienzas a faltarme para siempre... ¿Sabes algo? ... No alcanzo a comprender por qué tu tranquilidad y la mía valían menos que las de esos que aplauden... Perdóname... Perdóname... Esposo mío... Hijo mío... Loco mío. *(Las banderas se agitan; parecen fantasmas suspendidos en el aire. Los aplausos y vítores resuenan con mayor fuerza mientras se cierran las cortinas.)*

SEMINARIO MUL. "DISCIPLINARI"
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Santo Domingo,
julio 23 del 1964.